CUADERNOS historia 16

Los Iberos

M. Tarradell, J. M. Blázquez, J. A. Gaya Nuño, A. M. Guadán, N. Rafel y N. Tarradell

42

ePUB

Entrega n.º 42 de la colección *Cuadernos Historia 16* dedicado a los iberos.

AA. VV.

Los Iberos

Cuadernos Historia 16 - 042

ePub r1.1
Titivillus 05.04.2021

Título original: *Los Iberos*
AA. VV., 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en ePubGratis

Dama sedente del Cerro de los Santos, Montealegre (Albacete).

Indice

Los Iberos
Por Miquel Tarradell
Catedrático de Arqueología, Numismática y Epigrafía.
Universidad Central de Barcelona.

Arte y Religión
Por José María Blázquez
Catedrático de Historia Antigua de España.
Universidad Complutense de Madrid.

Así encontré la Dama de Baza

Repercusiones del arte ibérico
Por Juan Antonio Gaya Nuño
Historiador del Arte

Sociedad y Economía
Por M. Tarradell, N. Rafel Fontanals y N. Tarradell Font.
Cátedra de Arqueología, Numismática y Epigrafía.
Universidad Central de Barcelona.

Escritura y Numismática
Por Antonio Manuel Guadán
Historiador.

Diccionario de términos

Bibliografía

Los Iberos

Por Miquel Tarradell

Catedrático de Arqueología, Numismática y Epigrafía.
Universidad Central de Barcelona

FUE en la fase inicial, que podríamos llamar precientífica, cuando surgió la teoría de que los iberos peninsulares eran resultado de una invasión norteafricana. Se trataba de una hipótesis de trabajo que, como acontece con excesiva frecuencia, se tomó como un hecho comprobado. Algún día habrá que analizar con calma la historia concreta de este fenómeno, que es un ejemplo de africanismo que inundó buena parte de nuestra prehistoria y del que, en la visión actual, apenas queda nada.

Para comprender cómo se ha alcanzado el conocimiento actual vale la pena esbozar las grandes etapas de la investigación, cuyos inicios podemos situar hace alrededor de un siglo. Ciertamente el nombre de los iberos, su situación geográfica y algunas de sus características eran conocidas desde el Renacimiento, cuando se comenzaron a manejar y a estudiar los textos clásicos greco-latinos. Asimismo hacía mucho tiempo que los epigrafistas habían identificado un tipo peculiar de alfabeto propio de los iberos, y los numismáticos lo habían observado sobre monedas acuñadas en el área ibérica. Los intrigantes problemas del alfabeto y de la lengua o de las acuñaciones monetarias, unidos a las referencias de las fuentes clásicas, habían precedido en mucho a la arqueología: la

identificación del arte ibérico, sus lugares de habitación o de enterramiento.

Una nueva etapa se abrió en las últimas décadas del siglo pasado con los descubrimientos de piezas espectaculares de escultura ibérica. Primero fueron los hallazgos del Cerro de los Santos, en Montealegre del Castillo (Albacete), donde aparecieron una numerosa serie de figuras de piedra que llamaron rápidamente la atención, pero que no consiguieron la admiración general. Mostradas en las Exposiciones Universales de Viena (1873) y de París (1878), fueron recibidas con una cierta curiosidad más bien fría. El salto definitivo se dio el 4 de agosto de 1897, cuando unos campesinos hallaron en la Alcudia de Elche un busto femenino que fue bautizado —cómo no— con el nombre de la Reina Mora, y que poco después comenzó a ser conocido como la Dama de Elche. La pieza, comprada por el Museo del Louvre, permitió la rápida internacionalización de un arte hasta entonces desconocido.

Los años siguientes fueron decisivos. Abierto el interés en torno a este arte, correspondiendo al momento inicial de los descubrimientos prehistóricos en nuestra Península, comenzó la recolección de los datos arqueológicos que debían dar un primer esbozo de la arqueología ibérica, una de cuyas *piedras de fundamento* fueron los dos tomos de Pierre Paris *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*. publicados en 1903-1904, donde por primera vez sistemáticamente se describían una serie de yacimientos, con sus cerámicas muy características, que iban a dar a partir de entonces una pista importante para las localizaciones o identificaciones de lugares ibéricos. Al mismo tiempo se realizaban los primeros ensayos de excavación en poblados y necrópolis. El momento coincidía con los sensacionales descubrimientos del mundo micénico y cretense: unos ciertos parecidos con la decoración cerámica permitieron la sospecha de que se trataba de culturas contemporáneas y de que los iberos habrían sido influidos por Micenas.

Podemos considerar que esta fase de descubrimiento termina en 1915. Desde entonces hasta 1936 estamos en la época de la consolidación y de los primeros resultados sólidos. Elegimos 1915 como hito, porque en este año apareció el trabajo de P. Bosch Gimpera *El problema de la cerámica ibérica*, donde, por primera vez, se sientan las bases cronológicas de la cerámica, que son válidas para el conjunto cultural. Fue el tiempo de otros descubrimientos y de las grandes excavaciones, organizadas ya desde centros de investigación, básicamente la Junta Superior de Investigaciones y Antigüedades de Madrid y el Institut d'Estudis Catalans de Barcelona. Surgían, más o menos íntegros, poblados como el de Azaila o el grupo de la comarca del Mattarranya entre Cataluña y Aragón, necrópolis como la de Galera en Granada y yacimientos diversos, a los que pronto se añadieron los valencianos de La Bastida de les Alcuses de Mogente, Oliva y Lliria, con hallazgos de cerámicas decoradas.

También en este período cuajan los viejos estudios de numismática y de epigrafía ibérica cuando Gómez Moreno consigue el desciframiento del alfabeto, al darse cuenta de la existencia de los signos silábicos, y Vives Escudero, en su libro *La moneda hispánica*, organiza la seriación de las cecas.

La moda «Aria»

En 1940 se abre un breve pero significativo período, que hemos denominado «la crisis del iberismo» y que duró una década. Esta crisis tuvo dos facetas. El «celtismo», que pretendía que las invasiones indoeuropeas, que habían atravesado los Pirineos poco después del año 1000, realizaron una cierta unificación de la Península y que el fenómeno ibérico no era otra cosa que una faceta del mundo céltico influida por los colonizadores. Más o menos inconscientemente reflejaba una mentalidad típica del momento: por una parte, el deseo de ver a los pueblos peninsulares incorporados

lo más profundamente posible en el mundo «ario», y por otra, la obsesión de llevar la unidad peninsular hasta la prehistoria.

La Dama de Elche.

La otra cara de la crisis tenía un carácter más inocente. Respondía a una moda que, en aquel momento, tenía un gran predicamento entre los arqueólogos europeos: la obsesión de *bajar fechas*. Así se presentaba el fenómeno ibérico como algo cronológicamente tardío, dependiente ya del mundo romano. Es

decir, la civilización ibérica habría sido el resultado de una primera fase de la romanización, y su cultura, una cultura provincial surgida en la época de la dominación romana inicial (siglos II-I a. C.).

El estado actual de la cuestión nace poco después de 1950. En este último cuarto de siglo, aparte de nuevas excavaciones, de hallazgos casuales, de publicaciones, se han producido unos cuantos hechos que vale la pena mencionar. Los trabajos de Lamboglia sobre las cerámicas llamadas precampanienses y campanienses (cerámicas que hallamos abundantemente en la mayoría de yacimientos ibéricos) han permitido afinar la cronología, y hoy nadie puede defender que la cultura ibérica no existiera desde mucho antes de que los romanos, en 218 a. C., pusieran el pie en Ampurias.

El descubrimiento arqueológico del mundo tartésico, muy activo en los últimos veinte años, demuestra la existencia de una potente civilización «orientalizante» en Andalucía, al menos desde el siglo VII a. C.

El origen de una civilización

Una pregunta se nos hace con frecuencia: ¿de dónde vinieron los iberos? Entre el lector culto de hoy va quedando claro que no se trata de una invasión norteafricana. Pero se mantiene con frecuencia el concepto de que una civilización nueva exige la llegada de gentes también nuevas. Una respuesta rápida y quizá clarificadora es plantear, a su vez, la siguiente pregunta: ¿qué dirán los investigadores del año 4000 cuando les pregunten de dónde llegaron a España, en el siglo XX, los portadores de la civilización industrial. Porque es bien patente que en el curso de tres o cuatro generaciones hemos pasado a tener ferrocarriles, aviones, tractores y televisores, etcétera, sin que nos haya invadido nadie.

Lo ibérico es un fenómeno de cultura. Entre el año 1000 y el 500 a. C., para buscar fechas redondas, los pueblos que habitaban la

fachada mediterránea peninsular recibieron una serie de influjos, pudieron conocer nuevas técnicas, tan diversas como puedan ser la escritura, el hierro, la moneda, el torno de alfarero y nuevos conceptos urbanísticos.

Era el resultado de los contactos comerciales y de la vecindad de los establecimientos (ciudades y factorías) que fenicios, griegos y cartagineses habían fundado a lo largo de las costas. Era la primera vez que gentes *desarrolladas* se ponían en contacto con los subdesarrollados del *Far West* mediterráneo. Así se comprende que las dos sociedades más avanzadas de la Península, en tiempos prerromanos, fueran la tartésica de Andalucía en una primera fase y la ibérica, extendida por todo el litoral desde Andalucía hasta el Rosellón.

Confesamos que, si bien hoy el esquema parece inatacable, sin embargo, cuando deseamos conocer con más detalle este proceso histórico las cosas no son tan simples. Quedan puntos oscuros y falta mucho por investigar.

¿Sobre qué substrato actuaron las influencias coloniales? No parece que los territorios que corresponden a lo ibérico hubieran tenido en el momento inmediatamente anterior un carácter homogéneo. Incluso dejando de lado el caso de Andalucía, con los tartésicos, parece evidente que el sector ibérico septentrional (Cataluña, parte del Valle del Ebro y el extremo norte del País Valenciano) había sido profundamente matizado por las penetraciones indoeuropeas de los primeros siglos del I milenio. Mientras que más al sur no parecen haber llegado tales influencias, y lo que hoy conocemos como anterior a lo ibérico son civilizaciones de la Edad del Bronce (cultura argárica, cultura del bronce valenciano), que, por otra parte, pertenecen al segundo milenio, ya que la cronología recién aportada por el Carbono 14 las sitúa entre el 1800 y el 1300 a. C. Frente a esta diversidad de subtrato hallamos en época ibérica una lengua que parece bastante homogénea, de carácter indígena, que de forma alguna puede ser atribuida a influencias coloniales.

Reconstrucción de una estatuilla de caballo
de El Cigarralejo, Murcia (Col. E. Cuadrado).

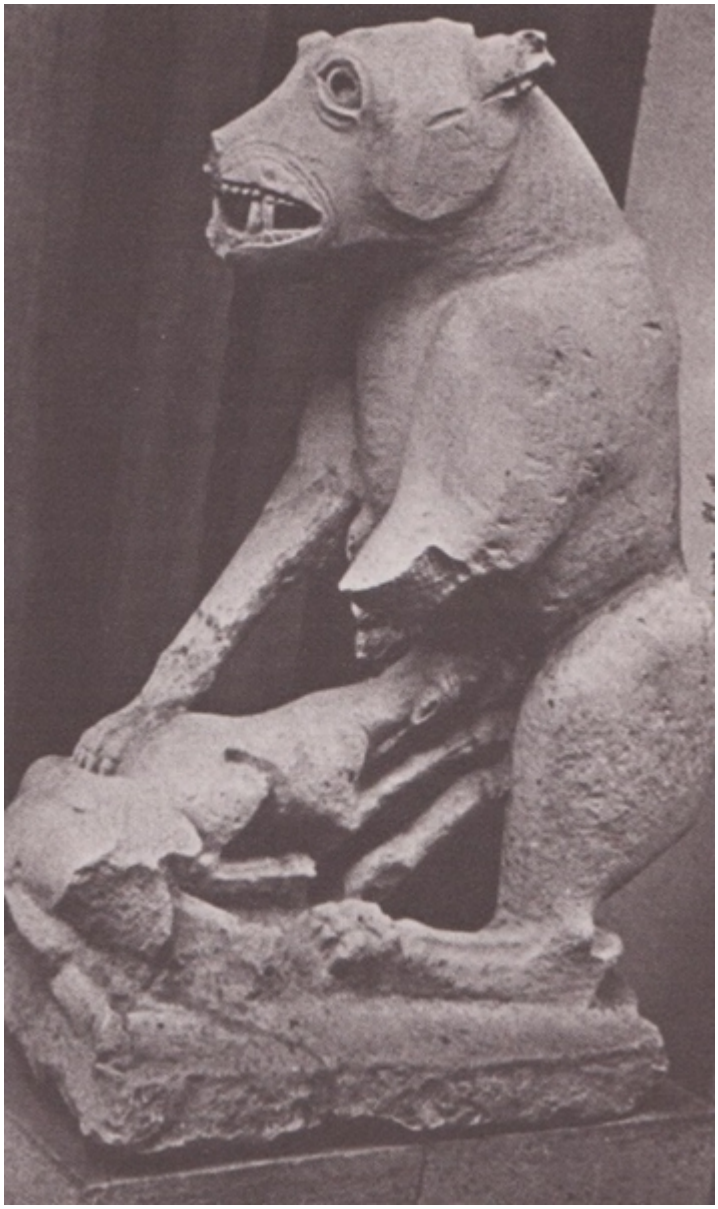
Uno de los problemas actuales es que faltan datos en amplios territorios sobre la situación del mundo indígena en la fase preibérica. Es el caso de gran parte del País Valenciano o de Murcia, donde tenemos un vacío de más de seis siglos entre el 1300 y el 1600 a. C., vacío revelador de lo que hemos de esperar de futuras investigaciones.

También el mecanismo de la penetración cultural tiene numerosos puntos oscuros. Hasta hace muy pocos años la tendencia era atribuir el papel básico a la acción griega, dejando a los fenicios arrinconados a un muy segundo término. Apoyándose en la narración de Herodoto del viaje de Colaios de Samos, y sobre todo en la existencia de colonias, consideradas urbanas, en la costa valenciana (Hemeroscopeion, Alonis, etcétera) o en la andaluza (Mainake), se consideraba indiscutible una fuerte presencia griega a lo largo de toda la costa a partir del siglo VI. Los descubrimientos de

los últimos diez o quince años han dado un giro copernicano a la visión. Primero fue la excavación de una serie de factorías fenicias, fechables desde el siglo VIII a. C., en la costa andaluza entre Málaga y Motril; sobre todo en los alrededores de Vélez Málaga y en Almuñécar, que han demostrado la intensidad de la acción fenicia.

Fenicios y griegos

Al mismo tiempo, la valoración arqueológica de Tartessos acaba de demostrar hasta qué punto la sociedad andaluza de los siglos VII al V a. C. estaba fuertemente penetrada de influjos fenicios. Por si fuera poco, zonas que se consideraban netamente griegas van proporcionando documentos que demuestran que desde el siglo VII a. C., recibían productos comerciales fenicios. Así el poblado de los Saladares en Orihuela o el de Vinarragell en Burriana. Obsérvese que ambos puntos flanquean, por el norte y por el sur, la zona de las supuestas colonias griegas valencianas. Incluso aparecen indicios de comercio fenicio en las mismas fechas, es decir, en torno a los siglos VII-V a. C., en el área de la desembocadura del Ebro.



Loba con su cría y una presa, Cerro de los Molinillos, Baena, Córdoba (arriba).

Cabeza de esfinge, Alicante.

No se trata de negar la influencia griega sobre el mundo ibérico, que alcanza un peso enorme a partir del siglo V a. C., como resulta patente a través de la invasión de ciertos productos comerciales como son las cerámicas. Desde el 450 a. C., aproximadamente hasta el triunfo del comercio romano (que precede en algo a la conquista), se observa una inundación de cerámicas griegas que alcanzan no sólo los establecimientos indígenas estrictamente litorales, sino otros del interior ibérico, por ejemplo, el norte de las provincias de Granada o Jaén. Pero estamos ahí en una época que ya no afecta a las raíces del fenómeno ibérico, puesto que cuando comienza esta penetración de la cerámica griega la cultura ibérica está ya plenamente constituida. La tendencia actual es la de dar a

los fenicios un papel mucho más importante del que hasta ahora se les había concedido en las corrientes que aportaron los elementos que, reelaborados, tenían que dar lugar al nacimiento de la civilización ibérica.

Porque, una vez consolidada la visión de que la cultura ibérica es fruto de las influencias de los pueblos *desarrollados* del Mediterráneo oriental, se tiende a caer en el concepto, falso, de que los iberos se limitaron a copiar servilmente, negándoles, de hecho, toda posibilidad creadora. Al señalarlo, no se trata de caer en la ingenuidad *indigenista* —(¡qué grandes eran nuestros antepasados los iberos!)—, sino de observar científicamente un hecho evidente: la personalidad de una civilización que, si bien encaja dentro de los módulos de lo que podríamos esperar para su época y su lugar geográfico, presenta originalidad suficiente como para que cualquiera de sus productos pueda ser identificado con facilidad.

Estas referencias a fenómenos que hallamos en unas épocas y en otras no, nos acercan a un tema que conviene fijar: las etapas cronológicas del mundo ibérico.

Gran dama oferente del Cerro de los Santos,
Montealegre (Albacete).

Dentro de una unidad fundamental existen matices que permiten diferenciar tres fases. La primera, de formación, de la cual apenas nada sabemos, que se puede centrar en el siglo VI a. C. Hasta hace poco resultaba un misterio total. Hoy comenzamos a disponer de algunos documentos, entre los que hay que destacar el precedente tartésico.

A partir del siglo V a. C., nos movemos con mayor seguridad, puesto que estamos ya ante el mundo ibérico con sus características básicas establecidas. Desde este momento hasta el siglo III a. C., se desarrolla la época ibérica «plena», con la particularidad de que los iberos son independientes. Es el momento de la gran escultura (Dama de Elche, Dama de Baza, la mayor parte de los animales mitológicos de gran tamaño). Fase cultural de la que ya podemos conocer conjuntos coherentes, como pueden ser poblados o necrópolis, yacimientos algunos de ellos excavados *in extenso*, como La Bastida de les Alcuses, las necrópolis de Galera, Castellones del Ceal, Burriac, el Cigarralejo.

El siglo III a. C., divide el mundo ibérico en dos épocas claramente diferenciadas. Es el momento del ensayo imperialista de los cartagineses sobre la Península (Amílcar, Asdrúbal) que culminará con la marcha de Aníbal sobre Roma y que, al provocar la contraofensiva romana, hará caer a los iberos dentro de los territorios conquistados por la nueva gran potencia mediterránea. Contra lo que una visión primaria podría suponer el dominio romano no representó de entrada, y durante mucho tiempo, el final de la sociedad ibérica. Así, la última etapa de esta cultura tiene lugar bajo el dominio político de Roma.

Ahora bien, siglo y medio después de formar parte, políticamente, del mundo romano, la fuerza socio-política y cultural de Roma se impuso y sólo zonas marginales quedaron fuera del proceso, ya maduro, de la romanización. Por ello no puede fijarse una fecha válida como final de la cultura ibérica, puesto que se fue desintegrando con mayor o menor rapidez según las áreas, sustituida por la romana. En general, el momento clave del cambio fue el siglo que va de la mitad del I a. C. a la mitad del I d. C.

Arte y religión

Por José M.ª Blázquez

Catedrático de Historia Antigua. Universidad Complutense de Madrid

Los orígenes del arte ibérico, como tantas actividades de la vida humana en la Antigüedad —los juegos olímpicos y el teatro en Grecia, los juegos de gladiadores en Etruria y Roma, la banca en el Oriente, etc.— se relacionan en sus comienzos con la religión. El mismo fenómeno se observa en Grecia con la aparición de la escultura en la época arcaica. Los Kouroi y Korai eran exvotos de piedra o bronce depositados por los devotos en las explanadas que había ante los grandes santuarios, como en el antiguo Partenón.

Los investigadores españoles que se han ocupado de estudiar los orígenes del arte ibérico —A. Blanco, A. García Bellido y M. Tarradell— siempre han insistido en los orígenes clásicos de este arte, entendiendo por clásicos diversas influencias del arte griego, etrusco o fenicio, traídas por estos pueblos colonizadores, que establecieron en la costa hispánica una serie de colonias y mercados para negociar con los indígenas e intercambiarles sus productos. Principalmente estaban interesados en obtener minerales, ya que las regiones del Mediterráneo eran pobres en ellos y la península Ibérica —como afirma el geógrafo griego Estrabón— era la región más rica del mundo antiguo por la cantidad y variedad de minerales.

Junto a influencias debidas a las relaciones comerciales con los pueblos colonizadores, otras influencias artísticas debieron llegar a la Península desde Sicilia, importantísimo centro artístico y comercial, traídas por los mercenarios iberos, celtíberos y baleares, que sirvieron en esta isla, como tropas a sueldo en los ejércitos de cartagineses y griegos, a lo largo de todo el s. V a. C. y en el siguiente.

La más antigua plástica ibérica conocida hasta el momento son los relieves, de carácter funerario, de *Pozo Moro* (Albacete), descubiertos por M. Almagro, que revolucionaron todo lo que se había dicho sobre los orígenes de la escultura ibérica. Se trata de un monumento funerario, cuya planta rectangular obedece a modelos sepulcrales del norte de Siria y sur de Anatolia, con leones colocados en las esquinas, que responden, en su ejecución, a prototipos neohititas traídos al Occidente por los colonos fenicios. De una importancia excepcional son los relieves, ejecutados con técnica plana. Sus escenas son variadas y todas de contenido mitológico. En una, posiblemente la principal, se representó un banquete funerario o una comida de dioses. Se supone que narra un mito oriental ejecutado por un artista que conocía bien las técnicas y los gustos de trabajar la piedra en el norte de Siria.

En *Pozo Moro* se representan igualmente escenas de carácter sexual de marcado realismo, que aparecen también en el arte etrusco, en las «tumbas de los toros», en Tarquinia (s. VI a. C.). El hombre con un árbol a hombros, de otro relieve, representa probablemente el mito de *Gilgamesh*, pues en la tablilla IV, columna V, de este poema se lee: «Entonces vio un árbol y hacia él dirigió sus pasos. / Los frutos son de rubíes, / bellas son las colgantes ramas, / su follaje es de lapislázuli». En otros relieves hay escenas de lucha y unos gatos que arrojan llamas por la boca. El conjunto es difícil de interpretar, pero no hay duda de que representa algunos mitos orientales, traídos por los fenicios y asimilados por las poblaciones iberas. Puede fecharse hacia finales del s. VI a. C.,

aunque su descubridor cree que los relieves pueden ser anteriores. Es, pues, el documento más antiguo de la escultura ibérica.

Vista general del Cerro de los Santos y la Cañada de Yecla, desde el sur.

Se conocen varias representaciones de dioses y diosas de los iberos en escultura, orfebrería, pintura y terracotas. Entre las primeras son famosas la *Dama de Elche* (Alicante) y *de Baza* (Granada), otras dos diosas, sedentes igualmente, halladas en el *Cabecico de Tesoro* (Verdolay, Murcia) y en el santuario ibérico del *Llano de la Consolación*, y una diosa metroaca vinculada a los niños, que aparece frecuentemente en terracotas. Entre los dioses se cuentan uno masculino, representado entre caballos rampantes, y un dios entronizado al que acompañan diversos genios alados, animales y diferentes escenas de difícil interpretación.

Protectoras de la fecundidad

La Dama de Elche, fechada en el s. VI a. C., se ha considerado siempre —hasta que apareció la Dama de Baza— la pieza cumbre del arte ibérico. Ambas son una versión ibera de la diosa cartaginesa *Tanit*, equivalente púnica de la *Astarté* fenicia, versión semita de la *Istar* babilónica, diosa protectora de la fecundidad, de los animales, del hombre y de la vida en sus más variados aspectos. Traída al Occidente por los fenicios, fue muy venerada entre iberos y turdetanos, como lo indican otras estatuillas de diosas, entre las que destaca la *Dama de la Galera* (Granada), del s. VII a. C. Esta protectora de la fecundidad se la representó varias veces alada en la cerámica de Elche, sola o acompañada de caballos, de diversos animales, o de temas vegetales, como Astarté en el Oriente.

No se puede dudar que en Elche la diosa patrona era Tanit, pues un *semis* de época de Augusto, con la representación de un templo y la palabra *Iuno* sobre él, prueba que el templo principal de esta ciudad estaba dedicado a Juno, versión romana de la Tanit cartaginesa.

Surgieron así imágenes de culto en terracotas, en las que los dioses llevan cabezas y gorros típicamente griegos y en el resto del cuerpo atributos de Tanit. Estas imágenes de barro son frecuentes en el Levante ibérico, y en las islas Baleares. Se observa en estas representaciones un *sincretismo* típico de la religión en toda la Antigüedad.

Las Damas: obras de talleres

La Dama de Elche acusa influencia griega en diversos elementos. Los rodetes para meter el pelo, los llevaban algunas terracotas áticas del s. VI a. C. La distribución del ropaje sobre el cuerpo recuerda los mantos de una terracota de Rodas, hallada en las Baleares. La ejecución del rostro, bien conseguido, es griega y de gran realismo y encanto. Todos los amuletos que lleva sobre el pecho son de origen fenicio y aparecen ya en los collares de la

Aliseda (Cáceres), obra de artistas indígenas que trabajaban hacia el 600 a. C,. Son los mismos que se repiten en la Dama de Baza y sobre algunos exvotos ibéricos en piedra o bronce. Posteriormente la mezcla de elementos de diversa procedencia es una característica del arte ibérico.

La Dama de Elche era muy probablemente una escultura sedente, pero falta toda la mitad inferior desde la Antigüedad. El hueco que lleva en la espalda era para guardar las cenizas del difunto, al igual que la Dama de Baza.

En Elche trabajó, a finales del s. V y durante el siguiente, un taller de esculturas que ha dado piezas, muy mal conservadas, cumbre del arte ibérico por su calidad y finura, como un fragmento de mujer sentada, con un estudio muy perfecto de los paños, una mano sujetando el interior de un escudo y un torso de guerrero.

La Dama de Baza (s. IV a. C.) es obra de arte más provincial que la de Elche, de ejecución menos fina en las facciones y en las manos y muy recargada en la joyería. Algunos elementos de su atuendo, como los vestidos, son indígenas y recuerdan los mantos de varios colores de las nativas, de los que habla Estrabón. El trono en que se asienta es de origen griego. F. Presedo, su descubridor y primer estudioso, buscaba paralelos en terracotas griegas del sur de Italia y sicilianas y descubría una influencia etrusca en el hecho de que servían como urna.

Otras esculturas de diosas ibéricas que acusan influencia griega tienen paralelos próximos en Tarento. Son las damas sedentes halladas en el *Llano de la Consolación*. Se trata de dos diosas también de carácter funerario, como lo indica bien su lugar de aparición, un cementerio. Son diosas de la tierra, vinculadas al culto a los muertos, al igual que Tanit, como las diosas Koré y Démeter, que alcanzaron una gran popularidad en Sicilia. Estrabón escribe que la modalidad del culto a la Artemis Efesia la trajeron los focenses al Occidente, y que este culto se practicaba entre los iberos con el mismo ritual que en las metrópolis de Asia. Se trata probablemente de danzas rituales de carácter obsceno ejecutadas

por mujeres. En un fragmento de cerámica de Elche se representan unas bailarinas, rodeadas de los símbolos de la gran diosa de la fecundidad. En este mismo sentido es muy interesante una terracota aparecida en la *Serreta de Alcoy* (Alicante). Esta diosa es la misma que, acompañada de niños, se representa en terracotas de *Porcuna* (Jaén), del *Valle de Abdalaxis* (Málaga) y de la *Albufereta* (Alicante).

La diosa de la fecundidad tenía un paredra masculino representado entre caballos rampantes, en relieves del *Llano de la Consolación* (de Morón Jaén) y de *Villaricos* (Almería). Este dios aparece repartido por todo el Mediterráneo —en esculturas de Creta, en bronces de Olimpia, en vasos de figuras negras del s. VI a. C., en un marfil de Samos.

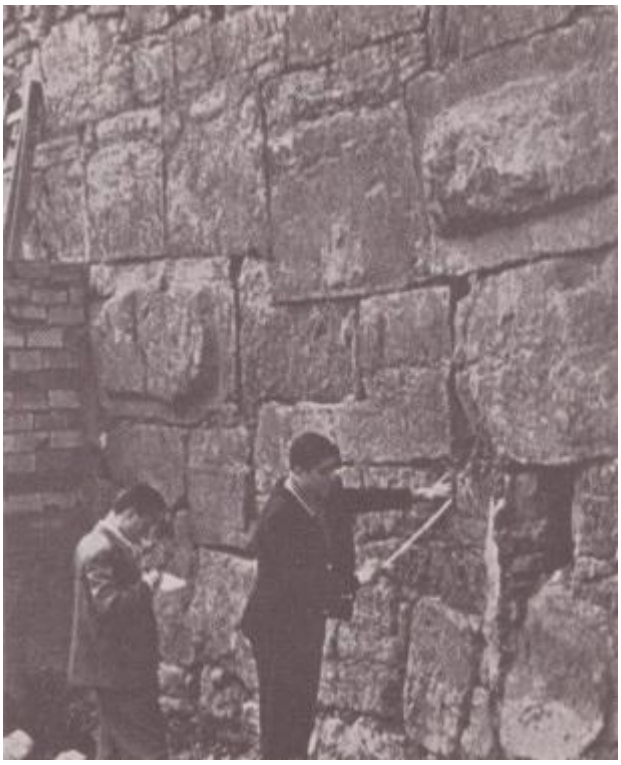
Una representación de un dios acompañado de tres genios alados, un centauro, diversos animales como jabalíes y linces, y de otras escenas de interpretación dudosa, se halla sobre una pátera de *Tivisa* (Tarragona), que apareció con diez platos de plata, en forma de tulipa, que muy probablemente eran vasos de culto. Esta pátera, con escenas grabadas a buril y de ejecución muy tosca, plantea problemas de interpretación —escena de carácter funerario o de un sacrificio religioso— y presenta un sincretismo de tipo helenizante, bien manifiesto en la presencia de las Nikes (genios alados), de cuya existencia en la región es esta escena el único testimonio.

Animales fantásticos

A los griegos y fenicios se debe igualmente la introducción de una serie de animales fantásticos, que recibieron culto entre los iberos, como el grifo de *Redován* (Alicante), que denuncia la mano de un artista de primer orden que respiró aún un ambiente arcaico hacia el 500 a. C. El mismo origen tienen las esfinges de *Agost* (Alicante), de *Santo Tomé* (Jaén) y la de *Villaricos* (Almería), que ofrecen unas características muy similares en el modelado, en la ejecución de las plumas, de las alas y en las trenzas.

De todos estos seres fantásticos la escultura más importante desde el punto de vista artístico y religioso es la llamada *Bicha de Balazote* (Albacete), hoy conservada en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Representa un toro tumbado, con cabeza humana. Está concebido para ser adosado a una puerta, quizá de tumba, lo que indica ya de por sí una concepción típicamente oriental, donde son frecuentes los toros con cabezas de hombre. La ejecución de las barbas y del pelo trabajado a estrías es también peculiar de los artistas orientales, al igual que la forma ovalada de los ojos.

El toro, como depósito de la fecundidad animal y humana, recibió culto. Diodoro de Sicilia, historiador griego de los tiempos de Augusto, escribe que en España las vacas descendientes de las que Hércules regaló a un reyezuelo ibérico, cuando vino a la Península a robar los bueyes a Gerión, eran animales sagrados.



Lienzo megalítico de la parte central del llamado
Artemision de Sagunto.

Bicha de Balazote (Albacete) (arriba, izquierda).
Toro de Porcuna (Museo de Jaén) (arriba, derecha).

Hay que relacionar con este culto al toro diversas esculturas de bóvidos. Cabe recordar el toro de *Porcuna* (Jaén) —la antigua Obulco—, que ha aparecido en Oretania, de donde debió llegar a los iberos este culto. Este toro (s. IV a. C.) está tumbado, su frente y brazos están decorados con motivos vegetales y sus cuernos son postizos, muy probablemente eran naturales. Responde en su conjunto a modelos orientales de bóvidos traídos por los fenicios.

En *Rojales* (Alicante) debió de existir un santuario consagrado a estos animales, pues aparecieron juntas cinco o seis esculturas grandes de toros, casi completas. Unos animales estaban de pie y otros tumbados. Algunos llevaban sobre la testuz una mitra, que recuerda que eran animales de sacrificio, y rizos de aire arcaico. Pueden fecharse en el s. IV a. C. Al dios toro se le ofrecían en sacrificio bóvidos, y esto es lo que parece indicar la tiara que aparece en la época romana sobre las cabezas de los toros al ser conducidos al sacrificio.

En el templo de *Azaila* (Teruel), situado en la necrópolis de la ciudad, se recogió también un bronce de bóvido (s. I a. C.) de un fuerte realismo en el estudio anatómico. Lleva un rosetón sobre la frente que señala, confirmando las pinturas de toro de Numancia, su vinculación a los cultos astrales.

El santuario más importante vinculado con el toro es el de *Costig* (Mallorca), que no es propiamente ibero y que ha proporcionado varias cabezas en bronce tanto de vacas como de toros, fechadas en época helenística.

Todas estas esculturas y otras que se podían añadir del área ibérica —la llamada Bicha de la Albufereta y el toro del Molar (Alicante)— y de la turdetana —los toros de Osuna y Écija— son los modelos que imitan las poblaciones pastoriles de la Meseta y costa atlántica, en las esculturas zoomorfas de toros y cerdos llamados generalmente «verracos».

Ideas sobre ultratumba

El arte ibérico produjo otras esculturas, de leones y ciervos, que tuvieron carácter funerario. Aparecen generalmente en necrópolis y eran guardianes de tumbas. Las esculturas más conocidas son las de *Bocairente* (Valencia) y de *El Molar* (Alicante), con las fauces bien abiertas, de un arte tosco y de baja calidad, y los ejemplares de *Baena, Nueva Carteya, Castro del Río* y *Manga*, en la provincia de Córdoba.

Sus ideas sobre ultratumba nos son desconocidas en gran parte. Dos fuentes, una literaria y otra arqueológica, hablan de la divinización de personajes importantes. *Polibio* —historiador griego que visitó España en el s. II a. C. y asistió a la caída de Numancia— afirma en su «Historia» que Aletes, descubridor de las minas de plata más famosas de la Antigüedad, las de Cartagena, recibió por este descubrimiento honores divinos.

El rito funerario de los iberos era la cremación, como en casi todo el Mediterráneo. A los guerreros se les enterraba con sus armas, y se depositaban vasos de ofrendas, que se debían de arrojar, igual que las armas, en la pira de cremación, pues frecuentemente llevan señales de fuego. A algunos guerreros se les enterró con sus carros, como los hallados en la necrópolis del Cabecico del Tesoro, en la de Peal del Tesoro, y en la de Baza.

La tumba de los personajes más ricos de la sociedad ibera se cubría con un túmulo, como los aparecidos en *Mula* (Murcia), en *Galera* y en *Cástulo*. En esta última necrópolis oretana, al igual que en otras del Levante ibérico, se construyeron túmulos escalonados, atestiguados igualmente en el sur de Italia. El historiador romano Livio, al descubrir el ritual funerario propio de los hispanos, con ocasión de narrar sucesos acaecidos durante la Segunda Guerra Púnica, habla de movimientos de gentes junto a la tumba, acompañados de gran ruido. Posiblemente se trata de danzas de carácter funerario, con paradas y combates militares, del tipo de las descritas por varios historiadores de la Antigüedad —Diodoro y Apiano— celebradas también con ocasión de los funerales de Viriato.

Es posible que estas danzas sean las representadas sobre la cerámica de *Liria* (Valencia), fechada en el s. II a. C. En ella hay escenas de combate de infantes, armados con la falcata ibérica y defendidos con el escudo rectangular, acompañados de jinetes y precedidos de mujeres tocando la doble flauta y de un hombre sonando un cuerno. En otra composición se ve una danza de hombres cogidos de las manos y, abriendo la procesión, dos músicos, una mujer que viste un largo manto y toca una doble flauta y un varón que suena una flauta sencilla. En una tercera escena de Liria se observa una procesión de jinetes al galope, blandiendo lanzas, que se dirigen hacia unos jinetes que combaten a pie, armados con lanzas y falcatas.

Las escenas de los relieves de Osuna, en Turdetania, representan rituales funerarios que se atribuyen al s. III a. C. Las de los iberos debían ser semejantes. En ellas el artista, que trabajaba con una maestría, finura y realismo insuperables, representó escenas de una mujer tocando una flauta, otra llevando vasos de libación y una tercera una antorcha. Dos, cubiertas con capas, parecen caminar en una procesión.

Los combates de gladiadores, de origen etrusco, tuvieron entre los iberos, al principio, el mismo carácter de liturgia funeraria que en

Italia. Los primeros de que hay noticia los organizó, poco después de la toma de Cartagena, en el año 209 a. C., Escipión el Africano, para conmemorar la muerte de su padre y de su tío.

Cerámica «emporitana» (arriba, izquierda).
Vista del Agora (arriba, derecha)*, en Ullastret (Gerona).*

Figura masculina de Collados de los Jardines, Santa Elena (Jaén) (arriba, izquierda). *Dama de Baza, Granada* (arriba, derecha).

Los santuarios iberos son: el del *Cigarralejo* (Murcia), el del *Cerro de los Santos* y del *Llano de Nuestra Señora de la Consolación*. ambos enclavados en la provincia de Albacete, y el de la *Serrata de Alcoy* (Alicante). Estos santuarios ibéricos parecen ser posteriores en el tiempo a los santuarios oretanos de *Sierra Morena*. *Collado de los Jardines* y *Castellar de Santisteban*, ambos en la provincia de Jaén, en plena Sierra Minera. Los primeros serían una proyección de los segundos, que acusarían el impacto de la religiosidad fenicia a partir de bronces, como el guerrero de Medina de las Torres (Badajoz), el exvoto en bronce de mayor tamaño

hallado en la Península, que algunos investigadores extranjeros han supuesto una imagen del dios seta Hadad, dios de la tormenta.

Los santuarios ibéricos

El santuario del *Cigarralejo* está enclavado en un altozano y fue frecuentado por los devotos principalmente durante los siglos IV y III a. C. La particularidad de este santuario es que la mayoría de los exvotos son figuras de caballos o de yeguas de cría, obra de artesanía fina la mayoría de ellos. En otras regiones del Mediterráneo se conocen santuarios de este tipo, como el de Medna en Italia, consagrado a Démeter, y el de Artemis Orthia (s. VII-VI a. C.) en Esparta. Este santuario estaba consagrado a un dios o diosa protectora de los caballos, que, al decir de Estrabón, eran abundantísimos en la Península.

El santuario del *Cerro de los Santos* y el del *Llano de Nuestra Señora de la Consolación* son los únicos que han dado exvotos de piedra, unos trescientos en total, que constituyen el conjunto más valioso para el estudio de la primitiva plástica ibérica. El primero está levantado sobre una pequeña altura, en la que hay un templo de plata rectangular. Fue lugar de culto desde el s. V a. C. hasta la época de Constantino. Predominan entre los exvotos en piedra las esculturas femeninas. Las masculinas son casi todas ellas cabezas sueltas. Entre las primeras abundan las que llevan un vaso de libación de leche, vino o hidromiel. Van envueltas en amplios mantos y estaban todas ellas pintadas como las esculturas griegas. Se caracterizan por su hieratismo, lo que parece indicar cierta influencia de Chipre. Muchas de estas piezas son de gran calidad artística, como la llamada *Gran Dama oferente*, conservada en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, que, por su calidad artística, puede competir con la Dama de Elche.

El santuario de *Nuestra Señora de la Luz* está entre barrancos. Con él se vinculan una serie de cuevas de los alrededores. Sus

exvotos en bronce son de factura más rudimentaria que los de los santuarios oretanos. Es interesante la actitud de culto de los exvotos. Las damas están en posición oferente, con los brazos dirigidos hacia arriba. Algunas ofrecen algún objeto alargado, que parece tratarse de un fruto de la tierra. Una dama, desnuda, presenta una paloma o un fruto. Otra mujer ofrece una especie de torta. Un guerrero lleva un vaso de libaciones y parece iniciar un paso de danza.

Torso de guerreo ibérico, La Alcudia, Elche.

Hay exvotos que representan partes del cuerpo humano, lo que indica bien la función de los números que presidían estos lugares, que eran genios benéficos, y el carácter práctico de la religión ibera y el tipo de devoción, que consistía en entrar con lo numinoso para obtener favores tangibles. Por esta razón las diosas de la

fecundidad en sus más variados aspectos, humano, animal o vegetal, y el culto a los animales, como el toro, que desempeñaban un papel importante en la economía ibera, encajan muy bien en la mentalidad ibera primitiva.

Además de las libaciones que existían en los santuarios, a los númenes se les ofrecían los exvotos. Los santuarios ibéricos eran semejantes a los *tesauroi* griegos, unos grandes almacenes donde se depositaban los exvotos que, de tiempo en tiempo, se enterraban en zanjas abiertas en las proximidades de los santuarios. Posiblemente los santuarios estarían al cuidado de santones o sacristanes.

No parece que los iberos lograran alcanzar una idea sobre la divinidad algo elevada. Estaría muy próxima a la etrusca y a la romana primitiva y a la bereber, en las que los numerosos textos y documentos prueban la existencia de un culto a las montañas, a las aguas y a los árboles. Se trata de una primera evolución del sentimiento de lo sagrado que los personaliza, pero todavía con un carácter muy vago, menos rico que el que expresa la imagen.

Así encontré la Dama de Baza

La excavación de Baza tuvo su año de gracia en 1971. Habíamos llegado al extremo oriental de la necrópolis y veníamos trabajando desde hacía semanas en descubrimientos de tumbas saqueadas, en una zona destrozada por la plantación de almendros hacía años y una excavación un tanto irregular de unos días, que no había causado grandes destrozos, pero molestaba nuestra vista. Quedaba descartada en principio la existencia de grandes tumbas enteras, y a lo sumo creíamos posible alguna de regular tamaño con su acostumbrado ajuar.

Además queríamos terminar aquel año la excavación; yo personalmente tenía cierta prisa por hacerme cargo de la dirección de los trabajos arqueológicos de Carteia, que llevaba nuestra admirada amiga la doctora Fernández Chicharro. Era el día 20 de julio, llevábamos trabajando en el campo desde las ocho de la mañana. Los obreros estaban divididos en tres equipos, uno de ellos en la parte sureste, otro en el noreste y un tercero en el centro. El del centro limpiaba unas piezas aparecidas en la superficie, producto de un despojo característico. El equipo del sur había empezado a preparar unas lajas puestas en el suelo, que anunciaban, a mi juicio, la existencia de una tumba sin violar, lo que suponía un consuelo después de tantos días de frustración.

El equipo del noreste había encontrado el día anterior una tumba abierta, que no se había podido excavar por falta de tiempo. Esta mañana lo habían hecho, pero al sacar los objetos que contenía no aparecía la pared de cierre por el lado este. En esta dirección había tierra removida; era muestra inequívoca de que seguía el hueco, un

hueco sin tapadera, augurio de violación. Pero, en cualquier caso, había que explorar al máximo.

El hueco en cuestión se fue perfilando como un hoyo rectangular, en cuya pared sur había un almendro plantado con una barrena hacia cuatro o cinco años. El almendro fue extraído con el mismo cuidado que un dentista extrae una muela. Al ver que no aparecía nada, los obreros preguntaron si seguían o no, y sin vacilar les dije que continuaran.

Volví a mis losas que había de dibujar y situar en el plano. A eso de las once de la mañana empezó a aparecer entre la tierra del hoyo del noreste una cabeza pintada, descubierta por los obreros cuando iban extrayendo el relleno. Me llamaron y di orden de que siguieran sin apurarse, sin darle mayor importancia a la cosa. En

una excavación de este tipo hay que evitar a toda costa que se produzca una aglomeración de obreros en un punto que se reputa de gran interés, con el consiguiente entorpecimiento del trabajo y el abandono de las tareas señaladas a cada grupo.

Al poco rato se había descubierto la cabeza y parte de los hombros; mi hija Eugenia, de cuatro años, que por casualidad se hallaba en el campo, me dijo: «¡Papá, un indio!».

Se había constatado la existencia de una gran estatua dentro de una tumba. Una estatua que conservaba el color en gran medida, una estatua que podría fecharse con precisión.

Durante toda la mañana continuó el trabajo sin alteración alguna. Aquel día se trabajó incluso por la tarde, porque había que excavar la tumba lo mejor posible. Paralelamente, el equipo del sureste levantaba las lajas que tanto me habían ilusionado: resultó que no había nada debajo. En otras circunstancias me hubiera sentido defraudado: en aquel momento lo estuve, pero el hallazgo de la estatua me compensó de alguna manera.

Como ocurre siempre, cada hallazgo crea problemas que hay que resolver sobre la marcha. Al ver que estaba policromada, mi preocupación fue la conservación del color.

Aquella tarde fue de gran alegría en el grupo que me acompañaba: José María Santero, que por esas fechas iniciaba sus primeros estudios sobre la Antigüedad; Tere Tardío; María Luisa de Luxán; mi mujer, M.ª Eugenia Gálvez, Manolo Rabanal…

Aunque éramos cautos en nuestros comentarios, la noticia había trascendido al pueblo, con las consiguientes exageraciones de la imaginación popular que hacía sus cálculos sobre el descubrimiento.

Al día siguiente volvimos al campo. Pasamos la primera parte de la mañana limpiando la tumba, haciendo los croquis pertinentes y limpiando la estatua. Por consejo de un químico amigo se le dio una capa de laca para preservar el color.

Francisco J. Presedo

Repercusiones del arte ibérico

Por Juan Antonio Gaya Nuño

Historiador del Arte

A estas alturas sería vano alarde el de rasgarse ninguna vestidura en señal de luto por aquella cultura absolutamente española, dotada de un idioma, de un alfabeto, de una plástica —verosímilmente también, de una literatura de transmisión oral— absolutamente originales. A lo más a que se puede aspirar es al reconocimiento de la belleza hierática, ensimismada, perdida en toda especie de lejanías, de la señora *Dama de Elche*. Así, como si se tratase de una rareza desconectada de toda relación anterior, coetánea y posterior con obras de similar talante. Por fortuna, los hechos van desmintiendo día a día el aislamiento estético de la *Dama*, circunstancia absolutamente imposible. Hace pocos años, apareció otra dama, la de *Baza*. Y precisamente en esta semana nos llegan noticias de haberse descubierto un yacimiento excepcionalmente rico en esculturas ibéricas de extremada calidad y porte.

Se entiende bien que el moro, el musulmán, el árabe, halle más calor de tradición entre nuestras mayorías que el ibero, puesto que éste desapareció como sujeto beligerante de la Historia, mientras que el marroquí ha continuado actuando en las lides bélicas como amigo o enemigo del español. Ahora bien, las persistencias y las omisiones totales, por principio de justicia, jamás se producen de

modo tan radical como para triunfar demasiado unas ni ser olvidadas las coyunturas causales de otras.

Exvotos: herencia para cristianos

Así, pese a todas las condiciones adversas, la piel de toro ha heredado muchas actividades del pueblo que andamos exaltando o, por lo menos, justipreciando en sus valores.

Para ver de discriminar la afirmación serían recomendables una visita y varias excursiones. La primera, a la numerosísima colección de exvotos ibéricos de bronce guardada en el Museo Arqueológico Nacional; las segundas, a multitud de santuarios populares, a ermitas —no importa de qué advocación— cuyas paredes —y, en ocasiones, los propios altares— muestran otras copiosas reservas de exvotos.

No hay que pararse a establecer las lógicas distinciones. Los ibéricos —quiero decir, los antiguos— son siempre de bronce y, por lo común, representan a fieles que se acercaron a un templo, ya como mera actitud piadosa, ya con la pretensión de que un milagro de la divinidad les sanase de achaques y enfermedades. No tan sólo a ellos, sino a sus animales domésticos. Con lo que podemos observar, junto a esculturillas representando a hombres y mujeres, de muy buen arte, otras mucho más modestas que figuran caballos, corderos, carneros, cabras, y buena cantidad de brazos y piernas humanos, sin contar otras piezas informes que acaso acudieran a órganos internos en estado patológico.

Los actuales exvotos coincidirán con lo anterior en mil casos. ¿Cómo olvidarme de aquella humilde iglesia, uno de cuyos altares estaba lleno de figuras de cerditos, para protegerlos de la epizootia que fuere? ¿Ni de las ermitillas en que, en cera, quedaban expuestas ante la eternidad piernas y brazos, remedo de las que jamás sabremos si hallaron la salud y la consistencia perdidas? Lo que ocurre, para desvirtuar de algún modo el parangón, es que los exvotos antiguos eran de buen bronce, superiormente fundido, con

intención inmanente de dejar hecha una obra de arte, mientras que los actuales se limitan al latón, a la cerámica y a la cera.

Se ha retrocedido en este aspecto plástico y hasta me atrevo a decir que esos miembros de cera, mancillados por la suciedad y el descuido, llegan a repeler. Y he de rectificar lo dicho, lo de que sean actuales: los dejaremos en novecentistas, ya que no he de creer que continúe la costumbre, dejada de herencia por los iberos a los cristianos. Como éstos, heredaron tantísimos santuarios y estaciones termales de nuestra cultura autónoma, sin más condición que la de cambiarles la advocación.

Ello, en cuanto a la liturgia menor de lo ibérico. Pero también este pueblo, que me imagino casi perfecto en su alternancia de lo serio y lo jovial, gustaba de divertirse y de divertir a su infancia. Para ello ofrecía mil posibilidades la coroplastia, la escultura menor en barro cocido, la proveedora de juguetes. Una industria popular que había llegado derechamente hasta nuestro siglo, con los mismos procedimientos e idénticos fines que los de antaño.

El niño quiere jugar y sus padres pueden ofrecerle lo necesario. Es muy sencillo. Se trata de un hombrecito, de una mula, de un caballo, de un toro, todo ello en barro cocido y de dimensiones no mayores que las de un puño. Los críos campesinos de la redonda España han jugado durante siglos con estas figurillas, que a su gracia de porte y a una presencia animal contenida por la exigencia de la materia agregaban el lujo de acompañarse con un chiflo como los *xiurells* mallorquines.

Toros

Pese a lo seductor de esas piezas baleares, habrá que cortar toda discusión sobre los contactos y los enjarjes del *xiurell* con la coroplastia peninsular. Esta es mil veces menos variada, pero no ha dudado jamás en preferir la representación totémica por excelencia, la taurina, que se puede —se podía— hallar en muchísimos alfares campesinos. De unos y otros he ido extrayendo mi colección, y a

precios risibles. Hoy ya no tienen ninguno por la sencilla razón de que han dejado de fabricarse, pero no es posible olvidar la jactanciosa fiereza de los torillos de Andújar, a los que para mayor espanto —como a los de Alicante— el escultor anónimo teñía los cuernos de rojo, como si se hubieran hartado de cornear mozos.

Hay otros toros fundamentales y solemnes, los de Cuenca, que ya se han parado en un prototipo, por ciernas afortunado: ello sin contar con estilizaciones y complicaciones que les propicien la mejor colocación en el escaparate de una *boutique*. No por lo que son ahora, sino por lo que debieron ser en su día, antes de que dejasen de ser populares, los tengo por otro eco de la estatuaria ibérica, que es lógico suponer discurriera por más de un cauce estilístico.

Las señoritas de Aviñón, por Pablo Picasso.

Kalathos ibérico del Cerro de san Miguel, Liria (Valencia) (arriba, izquierda).
Kalathos de Archena (Murcia) (arriba, derecha).

Por desgracia estas cuestiones, que ni son tierra exclusiva de trabajo para los arqueólogos ni, por otra vertiente, para folkloristas, están todavía por dilucidar. De momento, algo puede afirmarse, y es que todo este arte popular y jovial ha pasado a la historia. Y ha pasado en el transcurso de unos pocos lustros, los que han presenciado la ruina del campo español, y de todos sus sabores, a cambio, no de una dignificación de sus hombres, sino de un televisor.

Arte Ibérico y Arte Moderno

Dado que siempre ignoraremos cuántas cantidades de arte ibérico fueron destruidas en tal o cual momento histórico, cualquier hipótesis en torno a sus posibilidades de impacto sobre la plástica más libre de nuestro pasado no podrá pasar de lo hipotético. Únicamente por medio de similitudes confrontales es hacedero hablar de esculturas románicas —siempre en el área artesana y

escasamente refinada de modales— que cualquier observador desapasionado relacionaría con prototipos ibéricos. Pero el fenómeno, admitido o rechazado, dejará de tener vigencia cuando la europeización de arte español se hizo definitiva, pese a mil libertades voluntarias que le dieron lo mejor de su semblante.

Pasarán siglos y llegará luego el momento de los grandes descubrimientos, los de Elche y Osuna, que hay que esperar que no representen sino el prólogo a toda una recuperación que deberá más al azar que al sistema. Pero, de momento, sea licenciada toda esperanza y continuemos con las realidades que nos importan. No son de pequeña entidad. Y el protagonista de la principal había de llamarse nada menos que Pablo Picasso.

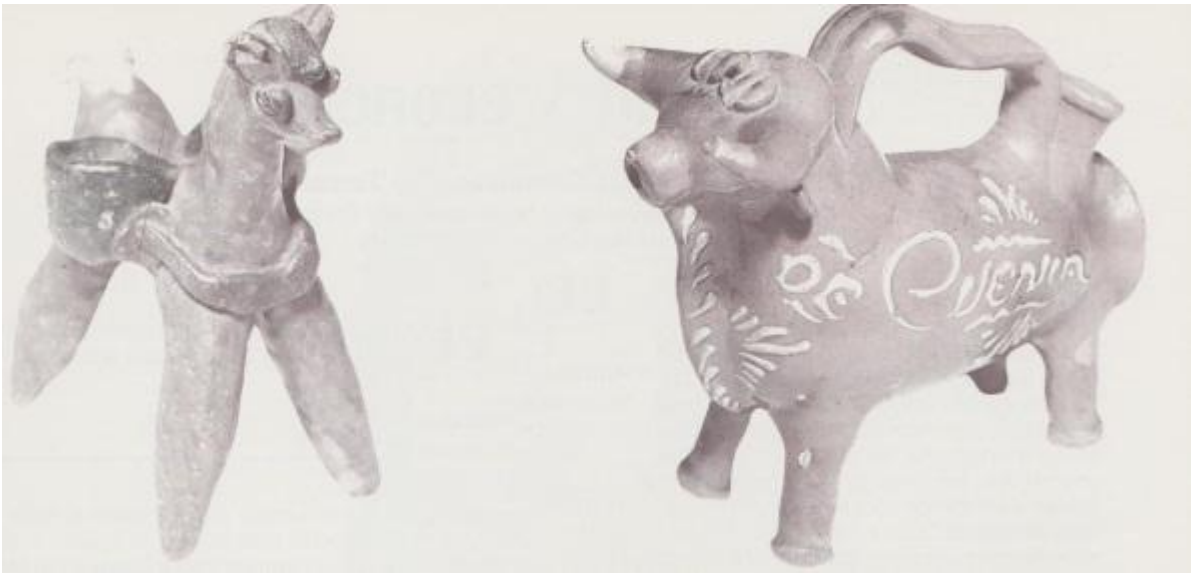
El sería el autor de la proeza de enarbolar determinados principios de la estética ibérica como argumentos prácticos de su subversión más radical, la que conduciría a la configuración del cubismo. Allá por la primera decena del siglo, cuando se iniciaba la moda de coleccionar piezas de arte negro, he aquí que Picasso se interesa por la escultura ibérica. Son varios sus cuadros aparentemente negroides, que culminarán en las sorprendentes *Demoiselles d'Avignon*, y el subsiguiente pasmo de los espectadores no duda en acorralar al malagueño para hacerle confesar que sus modelos han sido elegidos en el Senegal o en Dahomey. Pero su respuesta es categórica: No han sido negros sino iberos, los que han llevado a la sustantiva proeza. Sospéchase si anda mintiendo, si oculta las verdaderas fuentes, pero es en vano. Lo que ocurría era que Picasso, al que aparentemente se le ofrecía todo con la mayor de las prontitudes y facilidades, no pocas veces ha procedido a la inversa, recreándose extrañamente en la dificultad. Además, de su interés por la plástica paleo-primitiva hay algún ejemplo, por demás pintoresco.

En 1911, un belga, Géry-Pieret, robó en el Museo del Louvre unas estatuillas, parece que ibéricas, aunque otras noticias aseguren que eran fenicias. El belga llevó su botín a Picasso y a Apollinaire, que fueron detenidos y pocas horas más tarde

libertados, no sin haber pasado el peor rato de sus vidas. Si se narra el suceso no es sólo para mostrar la habilidad de Géry-Pieret —el mismo que robó del mismo museo *La Gioconda*, para devolverla poco después, demostrando que el Louvre era algo así como la casa de Tócame Roque— sino como señalamiento de la afición picassiana para con nuestro más vetusto arte nacional.

Un análisis de este influjo puede llevar a consecuencias más que dispares, puesto que, en puridad, hay paralelismo de determinadas constantes y hasta de rasgos fisonómicos entre la estatuaria ibera y la negra, mucho más acusado, por ejemplo, que el que sería más procedente entre lo ibero y lo etrusco. Un ilustre erudito norteamericano, James Johnson Sweeney, dedicó en 1941 un documentado trabajo a estudiar las posibilidades aludidas, y por cierto que convence al lector. Las angulosidades de buena parte de la escultura ibérica, los ojos almendrados, otra buena serie de precisos caracteres en los que la suavidad de la *Dama de Elche* se trueca en pronunciada dureza, pueden muy bien constituirse en testimonios del debatido influjo, aunque tampoco ellos excluirían posibles recepciones negroides.

Pero para llegar prontamente a un resultado positivo disponemos de un precioso argumento vivo, y es el retrato de la escritora Gertrud Stein, obra del otoño de 1906, conservado con todos los honores en el Metropolitan Museum de Nueva York. Sí, porque esta mujer plena de ingenio, semeja en tal retrato haberse iberizado súbitamente, hasta parecer algo así como una ilicitana que sirviera de doméstica o de amiga de confianza a la sensacional dama de aquella localidad levantina. La Historia gusta de jugar bromas parecidas, pero no se atrevería a tanto si no contase con unos cómplices tan avisados y traviesos como Pablo Picasso.



Mula de Andújar (cerámica popular) (arriba, izquierda).
Toro de Cuenca (cerámica popular) (arriba, derecha).

Guerrero ibérico con falcata y escudo, Osuna (Sevilla).

Sociedad y economía

M. Tarradell, N. Rafel Fontanals y N. Tarradell Font

Profesores de Arqueología, Numismática y Epigrafía.
Universidad Central de Barcelona

La sociedad ibérica se articula en torno a dos ejes básicos: la tribu o pueblo y la ciudad.

Los nombres de los diversos pueblos ibéricos los conocemos sólo por las fuentes escritas greco-romanas, que manifiestan alguna vacilación respecto a Andalucía, ya que algunos textos la incluyen dentro del área ibérica, mientras que otros limitan a los iberos en sentido estricto a la zona del este peninsular. Los pueblos mencionados por dichas fuentes vienen a coincidir con exactitud suficiente con los hallazgos arqueológicos variados y que, de modo general, delimitan el área ibérica. Hay pues una coincidencia tranquilizadora entre ambos tipos de documentos, que marcan un área bastante homogénea que se extiende por el litoral mediterráneo (entendida la palabra en sentido amplio), desde el extremo sur del Languedoc hasta Andalucía con una penetración hacia la mitad del valle del Ebro.

Los pueblos mencionados son: los *sordones* del Rosellón; el grupo pirenaico catalán, *ceretanos, arenosios, andosinos*; los *indiketes* del Ampurdán; los *laietanos* del llano de Barcelona, Vallés y Maresme y los *cesetanos* de los alrededores de Tarragona, los cuales cubren prácticamente el área costera catalana; los del interior de Cataluña *ausetanos, bergistanos* e *ilergetes*, estos últimos

entrando en parte en territorio aragonés: los *iacetanos* del Pirineo aragonés y los *sedetanos* en el Ebro central. Volviendo a la costa, hallamos a los *ilercavones* en ambos lados del Ebro, a los *edetanos* en la zona central valenciana y a los *contestanos* en la meridional. A partir de este punto y hacia el sur comienza el área meridional que, según va dicho, algunos textos desligan de los iberos, pero cuya cultura material es básicamente idéntica: *mastienos, bastetanos* y *turdetanos*.

Si bien en líneas generales no es difícil situar estos pueblos, sus límites exactos raramente se pueden fijar con seguridad. No queda claro si por falta de información porque no tuvieron la suficiente rigidez y permanencia. El problema enlaza con el de la estructura interna de dichas unidades. Al parecer, los grupos meridionales tuvieron una tendencia a la monarquía, quizá ligada a lo que sabemos de los precedentes tartésicos. Pero en la mayoría de casos tal proceso monárquico no se hallaba consolidado en el momento de la conquista romana. Los jefes no son llamados reyes sino régulos en los textos griegos y latinos, lo cual nos da más bien un matiz de caudillaje accidental que de monarquía estable, algo que parece similar a los «aguellid» de las sociedades bereberes. Así se nos dice que el rey Culchas de Andalucía en el año 206 a. C. era dueño de 28 ciudades mientras que poco después (197 a. C.) sólo reinaba sobre 17.

El poblado ibérico

La base de la estructura política parece haber sido, de modo mucho más sólido, la ciudad o el poblado. Aquí nos movemos sobre bases más firmes ya que la aportación arqueológica es notable. Y precisamente de ello deriva una cierta reticencia a utilizar la palabra ciudad. En efecto, la mayor parte de poblados excavados carecen de la complejidad que el término ciudad comporta. Por ejemplo, la falta de edificios públicos, tanto civiles como religiosos, de los que hasta el presente no se ha conseguido identificar ni un solo caso.

Que el poblado o ciudad era la célula social básica es evidente. Por ejemplo, cuando Sagunto tiene que decidir cuál será su posición frente al avance de Aníbal, quien lo decide es la asamblea de la ciudad (lo que los romanos traducen por «senado») sin que se consulten a los restantes centros edetanos, a cuyo grupo Sagunto pertenecía. Casos análogos se repiten con frecuencia.

La ubicación típica del poblado ibérico, viene dada por razones estratégicas, defensivas. Se buscan lugares altos, a veces solamente accesibles por uno de sus lados, que además se protegen con murallas. Las excepciones son poblados situados en pequeñas elevaciones y raramente en el llano. En estos últimos casos es cuando existió continuidad urbana durante el período de la romanización, casos de Iici (La Alcudia de Elche) o del Tossal de Manises, cerca de Alicante. Dicha continuidad es la que explica que hoy sean conocidos mucho mejor los poblados altos que no los de llano, ya que los primeros desaparecieron con la civilización, casos de Iici (La Alcudia de Elche) o ciudades de excavación que aquellos que han tenido continuidad y sobre los restos ibéricos se han superpuesto construcciones posteriores. La preocupación defensiva deriva del carácter guerrero de la sociedad ibérica y de su fragmentación política, algo que nos recuerda de lejos la historia y luchas de las ciudades griegas.

En el interior de los poblados la estructura urbanística es bastante simple. La uniformidad de las casas no nos permite comprobar la diferenciación social. Suelen tener pocas habitaciones (de una a tres) de planta rectangular, nunca de grandes dimensiones, en alguna de las cuales a veces puede identificarse el hogar, otras con silos subterráneos para provisiones, aunque también estos últimos aparecen agrupados en un sector del poblado. El tipo de vivienda nos lleva a suponer que su función era principalmente la de dormitorio y almacén y que buena parte de la vida se hacía fuera de ella, algo típico del mundo mediterráneo.

Dama sedente del Cerro de los Santos, Montealegre (Albacete).

La célula básica de la sociedad ibérica era la familia, seguramente monógama, lo que contribuye a explicar el poco espacio de las casas. Estas se organizan formando calles estrechas y poco regulares, con frecuencia condicionadas por la topografía del terreno. Es normal que en los poblados de montaña las calles correspondientes a las pendientes tengan escaleras, mientras que las que correspondan al eje longitudinal, más llano, sean las

principales y las más anchas. De la misma manera que faltan los edificios públicos tampoco hallamos plazas.

Novedades económicas

En la estructura económica ibérica hallamos tres novedades importantes respecto a las sociedades anteriores, tanto las del bronce, como las de influencia indoeuropea: el uso intensivo del hierro, el torno de alfarero rápido y mucho más tarde, la moneda. Es evidente que en la adopción de estas novedades jugó un papel básico el contacto con los pueblos colonizadores.

El hierro fue introducido en el siglo VII a. C. por los indoeuropeos, pero su uso estaba muy limitado y era preferentemente suntuario. Con la llegada de griegos y fenicios se transforma en un material de uso común. El torno lento se utilizaba ya en el sur de la Península en el Bronce final, y hasta que el factor colonial incide en el mundo peninsular no se adopta el torno rápido para fabricar cerámica. Este permite la creación de talleres especializados que tienen mayor capacidad de producción. En el siglo VI a. C. los griegos tienen ya una economía monetaria desarrollada, los fenicios cartagineses tardaron más en adoptar la moneda. Su introducción en el mundo ibérico se debe sobre todo a la influencia de las ciudades griegas de la costa catalana: Ampurias y Rosas. Pero la circulación monetaria no se generaliza en el mundo ibérico hasta época romana.

Las bases económicas de la cultura ibérica eran la agricultura y la ganadería. La introducción del hierro permitió una mayor tecnificación de la explotación agrícola, que se refleja en la variedad del utillaje que conocemos a través de la arqueología. Un elemento muy importante es la aparición del arado, de tipo dental, típicamente mediterráneo. Los cultivos eran generalmente de secano, aunque está documentada la práctica esporádica del cultivo de regadío y huerta. El cultivo de secano era básicamente cerealístico: trigo y cebada. Su importancia la tenemos documentada tanto

arqueológicamente —abundancia de molinos en los poblados— como por las fuentes escritas.

Más difícil de resolver es el problema de la vid y el olivo. Los investigadores han tenido tendencia a aceptar su difusión en época ibérica prerromana, suponiéndolos cultivos introducidos por los fenicios y principalmente por los griegos. Sin embargo, no está en absoluto documentado que hubieran sido explotados, por lo menos a escala considerable, en nuestra Península antes de la romanización. Es a partir de tiempos de Augusto cuando hallamos importante producción de aceite y vino, y no antes.

El olivo y la vid

Resulta muy significativo que entre la gran riqueza de formas, para todos los usos, que presenta la cerámica ibérica, no existan lucernas, es decir, candiles de aceite, y asimismo son rarísimas las importaciones de lucernas antes del siglo I a. C., cuando se compraban tantos otros objetos cerámicos griegos o itálicos. Ello permite sospechar que el aceite era tan raro que debía utilizarse exclusivamente para la alimentación y no había excedente para ser empleado para otros fines. Asimismo las ánforas importadas indican cómo el vino extranjero era cotizado. Frente a esta situación, unos siglos después, lo que había sido el área ibérica era zona de gran producción de vino y aceite. Pero estamos ya en época plenamente romana.

Tenemos muy poco documentados los cultivos hortícolas, de los que sólo se cita a la alcachofa. Entre las frutas podemos citar los higos, que parecen autóctonos, la granada, traída seguramente por los púnicos y, quizá, el dátil.

La variedad de los cultivos así como la complejidad de la industria del hierro se refleja en el instrumental agrícola, bastante especializado, como lo demuestra la existencia de yugos, arados, arrejadas, layas, legones, azuelas, cucharas de sembrador, escardillos, alcotanas, mochas, podones, hoces, etc. Con la

particularidad, señalada hace pocos años, de que este variado instrumental agrícola aparece en poblados ibéricos antiguos, es decir, era utilizado por lo menos desde el siglo IV a. C., contra lo que habitualmente se había venido suponiendo: su introducción como consecuencia de la romanización.

Ganaderos y artesanos

La ganadería constituye el otro soporte fundamental de la economía ibérica. Se practicaba la estabulación y la trashumancia. Tenemos documentada la existencia de cabras, ovejas, cerdos, y toros, estos últimos especialmente importantes en la Turdetania, como fuente alimenticia y de bueyes, burras, mulos y caballos, como animales de tiro. El caballo era también símbolo de prestigio y riqueza, y, dada su importancia para la guerra, constituía, como en otras sociedades mediterráneas del momento, un elemento importante. Son frecuentes las representaciones de jinetes en el arte y en las monedas. Esta fauna doméstica no ofrece, por otra parte, novedades con respecto a lo que sabemos del mismo territorio en época preibérica.

La pesca, y sobre todo la caza, constituían elementos subsidiarios de la alimentación, pero la caza debió ser una fuente muy importante en la dieta cárnica. No en vano el nombre fenicio de la Península, que los romanos transformaron en Hispania, significa «tierra de conejos». Entre las actividades recolectoras cabe destacar la importancia de la miel.

Sabemos que los iberos utilizaban diversos metales. Como metal noble, el fundamental era la plata: poseemos ricas muestras de orfebrería en este metal. En la producción industrial y artesana cuentan el bronce, el plomo y el hierro, ya citado.

La introducción del torno rápido permite una mayor facilidad de elaboración y una mejor calidad de la cerámica, que aumenta la demanda y permite satisfacerla. Esto reduce la producción de tipo familiar aunque, sin embargo, se continúa produciendo cerámica a

mano para ciertos usos domésticos. Estos talleres tenían generalmente una difusión comarcal pero parece ser que ciertos tipos fueron usados como envases de mercancías destinadas a la exportación —como indican los hallazgos del sur de Francia, Italia, Norte de África y Baleares—.

Vasija ibérica, necrópolis de Galera, Granada.
Vaso ibérico de Elche.
Cerámica ibérica hallada en Galera, Granada.

La producción textil está generalizada en todo el ámbito ibérico, existen numerosos hallazgos de pesas de telar en todos los poblados. En algunos lugares esta actividad parece haber llegado a cierto grado de industrialización: en Játiva se producían tejidos de lino, que son citados en las fuentes como muy apreciados. En cuanto al utillaje observamos, sino una industrialización, si un alto grado de especialización y unos tipos bastante estandarizados, fruto de una producción artesanal de alto nivel técnico.

La diversidad del utillaje refleja un alto grado de especialización respecto a las actividades a las cuales estaba destinado, pero esto no comporta una clase artesanal dedicada exclusivamente a su manufactura, ya que no hay que excluir la posibilidad de una dedicación estacional en las temporadas que deja libres el trabajo agrícola. Así por el utillaje podemos documentar las siguientes actividades: carpintería, albañilería, cantería, herrería, orfebrería, espartería, confección de vestidos, zapatero, talabartero y

guarnicionero. Y también las existencias de la apicultura (castraderas) y de los animales de corral (podones y yugo).

El comercio

Cuando se trata del comercio ibérico, se centra la atención sobre los intercambios desarrollados entre los indígenas por una parte y griegos, fenicios y cartagineses por otra. Es, en efecto, el aspecto mejor conocido, tanto a través de las fuentes escritas como por hallazgos arqueológicos de productos exóticos aparecidos en poblados y necrópolis ibéricas. Y es sin duda el más importante, pero conviene hacer constar nuestra escasa información sobre el comercio interior, es decir, entre los diversos grupos ibéricos, problema que generalmente es silenciado.

Relieve de esquina con tañedora de flauta, Osuna (Sevilla).

Aún en el aspecto del comercio colonial nuestro conocimiento es parcial, ya que en buena parte deriva de la documentación aportada por aquellos elementos que, por su materia, son perdurables, quedando a oscuras respecto de otros que no dejan rastro. Así, en cuanto se trata de comercio «exterior» y de lo que adquirían los iberos, se centra la atención sobre la cerámica, ya que es algo perdurable. Nada sabemos en cambio de los tejidos, por ejemplo. Y es difícil suponer que el prestigio de los tejidos fenicios (la famosa púrpura) que les abrió tantos mercados, no hubiera incidido sobre el área ibérica.

Los metales peninsulares habían ejercido una fuerte atracción desde mucho antes de la época ibérica. El proceso venía de muy lejos, ya que se puede sospechar que había empezado en el

segundo milenio, cuando ya el sur peninsular jugaba en el conjunto mediterráneo un papel parecido al que desarrolló América después del siglo XVI, es decir, un gran centro de explotación de metales. Confluían precisamente, caso raro, los dos tipos: los de uso común y los santuarios. El cobre y el estaño por un lado, el oro y la plata por otro.

Este fue precisamente el gran acicate de las navegaciones fenicias y griegas, ya dentro del primer milenio, que jugaron el papel decisivo en la propia creación de la civilización ibérica, como hemos visto anteriormente. Conviene señalar sin embargo, que buena parte de las zonas más ricas quedaban fuera del área estrictamente ibérica. Así la Andalucía occidental, el gran centro de la plata y del cobre, y naturalmente, Galicia y el mundo atlántico europeo de donde procedía el estaño, una de cuyas vías de acceso era el estrecho de Gibraltar. Sin embargo, zonas importantes caían dentro del área plenamente ibérica. Así grandes centros argentíferos como los próximos a Cartagena o a Cástulo, en la actual provincia de Jaén, aparte de otras minas menos famosas. De la misma manera que jugaron el papel de imán en los intentos de penetración imperialista cartaginesa en el siglo III a. C., también explican la riqueza de arqueología ibérica en esta zona y la fuerte penetración de productos comerciales griegos, como son los bellos vasos áticos pintados, que hallamos hasta el mismo pie de Sierra Morena.

Jinete de Osuna (Sevilla).

Los grandes centros de intercambio del comercio marítimo eran evidentemente ciudades fenicias del sur (Cádiz, en primer lugar, Malaka, Sexi, Abdera, etc…) y las griegas de la costa catalana (Emporion y Rhodes). Pero indudablemente en los sectores de costas donde no había tales centros debió existir un comercio directamente desde las naves, sin necesidad de apoyos urbanos, o los marinos-comerciantes podían visitar los poblados indígenas litorales. El matiz vale la pena señalarlo, porque existe la tendencia a atribuir cualquier producto griego de la mitad norte ibérica a la acción de Ampurias, por ejemplo.

Los productos exóticos debieron vivificar las relaciones comerciales entre los iberos de la costa y los del interior. Así podemos observar, en la introducción del uso de la moneda, cómo

junto a cecas prerromanas (que acuñaron imitaciones de la dracma griega, en el litoral) hallamos la ceca de Iltirda (Lérida), situada muy lejos del mar. De hecho antes del dominio romano, que corresponde a la última fase ibérica, no creemos que pueda señalarse una verdadera economía monetaria. Pero hallamos circulación de moneda griega, sobre todo de Ampurias, especialmente en Cataluña y algunos talleres indígenas cuyo origen es claramente prerromano incluso al sur del Ebro, como Arse (Sagunto) y Saitabi (Játiva).

A partir del siglo III a. C., los productos romanos aparecen con abundancia en el área ibérica. El testimonio más claro es la cerámica, la llamada campaniense, fabricada en varios puntos de Italia, así como las ánforas que contenían especialmente vino. La expansión comercial romana sobre la península precede a la conquista (como en tantos otros casos paralelos) y a partir de fines de este siglo, cuando prácticamente toda el área ibérica pasa bajo el dominio romano, Roma y el mundo itálico en general van a convertirse en el eje sobre el cual girará el comercio exterior ibérico.

Escritura y numismática

Por Antonio Manuel Guadán

Historiador

El mismo Estrabón, ya hacia el año 30 a. C., hablaba de la gran variedad de pueblos que habitaban en la Península, y de sus muy diferentes idiomas. En la actualidad los estudios de interpretación de estas lenguas han avanzado mucho, pero aún queda mucho camino que andar. Sólo sabemos que hay una lengua con muchas variantes, de tipo preindoeuropeo, y otra también acreditada por muy pocas inscripciones, de tipo indoeuropeo, propiamente celtibérica. Aparte de este conjunto, aparecen lógicamente en diversos estadios históricos, el griego, hablado por los colonos de aquella nacionalidad, al menos desde el siglo V a. C. el habla fenicia de alrededor de las colonias púnicas del sur. Dejemos aparte la incógnita del tartesio, del que tanto se ha hablado y del que nada se sabe, que ha servido para sostener diversas teorías sobre el sistema de escritura ibérico.

Ante todo debemos hacer constar que la lingüística ha estudiado, bajo el nombre convenido de lenguaje, una abstracción que llama la lengua, de figura indescifrable, pero es evidente que con ello no ha llegado a conocer el lenguaje, sino sólo en una primera aproximación, ya que la lengua en rigor no existe, por la razón de que nunca está hecha del todo, sino que siempre está haciéndose y deshaciéndose. Y si esto es cierto para una lengua culta, lo es aún mucho más, para los dialectos y lenguas entremezcladas que se

hablaban en la Península Ibérica antes de la llegada de los romanos en el siglo III a. C. Por lo tanto las dificultades son casi imposibles de superar, ya que sólo podemos basarnos para todo estudio serio, en las inscripciones de toda clase, incluidas fundamentalmente las monetales.

Para toda investigación lingüística hay que tener en cuenta que los esquemas funcionan bien en el sentido del tiempo, pero cuando se intenta remontar su curso, la indeterminación es cada vez mayor. Se puede llegar a imaginar estados anteriores muy diferentes, que den razón, todos ellos, de otro más reciente. Como un ejemplo, de los más interesantes, nos encontramos el problema del parentesco entre el vasco y el ibérico, que ha sido defendido o negado por multitud de excelentes lingüistas desde hace al menos dos siglos.

El vasco no desciende del ibero

Las comparaciones entre las lecturas ibéricas, con todas las garantías de sonido de los signos, y el sonido del idioma vasco, son innegables, y las encontramos en todas las fuentes epigráficas. Pero si examinamos el aspecto gramatical, llegaremos forzosamente a la conclusión de que el vasco no es en absoluto un descendiente del ibérico, aunque haya elementos comunes a una o a otra lengua, resultantes del activo intercambio entre ambos pueblos en la etapa proto-histórica. Las razones en que se basa esta afirmación, se pueden sintetizar como sigue: *a)* El vasco no ha sido nunca la única lengua de la Península sino que con ella, siempre han existido varios territorios lingüísticos. *b)* El léxico de las inscripciones ibéricas de toda clase, no proporciona sino muy contados elementos que puedan relacionarse con el vasco. *c)* Culturalmente no hay ningún motivo para suponer que los antiguos vascos fueran iberos o llegaran a sufrir una iberización. Ni los arqueólogos ni los antropólogos han encontrado hasta la fecha ninguna razón para relacionarlos étnicamente.

La completa romanización de los territorios ibéricos en tiempos de Augusto, borró por entero las antiguas lenguas, al menos en su evolución oficial y comprobable, y no se ha podido en ningún momento hallar el menor enlace entre los idiomas de los iberos y las lenguas romances hoy extendidas en su antiguo dominio. Las antiguas lenguas indoeuropeas de la Península, no han dejado más rastro que la onomástica y las pocas inscripciones halladas, pero todas desgraciadamente de poca extensión. Sólo se puede decir que el idioma celtibérico, tal y como lo leemos en el pobre material lingüístico de que disponemos, es un dialecto céltico, que conserva restos indoeuropeos. Hay que admitir que estos pueblos corresponden a las invasiones célticas más antiguas, coetáneas posiblemente con las de la Gran Bretaña.

Escritura de importación

Pasando ahora a los diversos sistemas de escritura de los pueblos de la Península en estos siglos, hay que reconocer que ninguno de ellos es anterior al siglo IV a. C. o, a lo más, al último tercio del siglo V. Lo más original de estos sistemas de escritura es su carácter *semisilábico*, con la única excepción de un alfabeto en la zona de Levante, que es *alfabético puro* y grecoibérico.

La explicación tradicional de una derivación de estos sistemas de escritura de un *silabario* primitivo, de posible ascendencia tartesia, no ha sido probada nunca, y además no explicaría cómo se utilizan signos tomados de la escritura alfabética griega, mucho más tardía.

Plomo de Yatova. Pico de los Ajos de Yatova, Valencia (arriba)*.*
As de Sekaisa (abajo, izquierda)*. Dracma* (abajo, centro)*.*
As de Cástulo (abajo, izquierda)*.*

Estas indudables relaciones de los pueblos ibéricos en general, con las naciones colonizadoras y cultas, como Francia y Grecia, se vio sin duda favorecida porque la Península era, en aquellos años, una gran reserva de primeras materias, cuyos recursos se explotaban en beneficio de otros territorios. Por ello no se halla en la Iberia ninguno de los estadios primitivos, que se señalan en otros lugares: falta decididamente un *estado pictográfico* y no hay el menor rastro de *escritura jeroglífica* propia. Sólo cuando los pueblos alcanzan la suficiente madurez, tienen necesidad de la escritura, y fueron los fenicios y los griegos quienes enseñaron a las tribus ibéricas los primeros signos.

El comienzo de las escrituras peninsulares es muy oscuro: si no se puede aceptar, por falta de pruebas, la existencia de una escritura silábica tartesia original y antigua, hay que reconocer que el sistema semisilábico que vemos ya establecido en el siglo IV a. C., es sólo una adaptación, un sistema artificial, creado con una gran agudeza y conocimiento del idioma, ya que el mantenimiento de signos silábicos para las consonantes oclusivas, es un perfecto anacronismo en un momento en que en todo el Mediterráneo dominaba la escritura alfabética.

Que la escritura, sea cual fuere su sistema, fue importada por los pueblos colonizadores, está fuera de toda duda. La inscripción más antigua sería la citada por Estrabón en el *Templo de Melkart* en Gades, que se remontaría nada menos que al siglo XI a. C. Pero debía de ser en lengua semítica, y no conocemos si se utilizó una escritura silábica o bien simplemente el alfabeto.

La distribución geográfica de las inscripciones peninsulares no latinas, dejando aparte las puramente griegas o fenicias, se puede clasificar en los siguientes grupos:

a) Alfabeto Ibérico de Levante, con inclusión de algunas variantes celtibéricas en la cuenca del Ebro. Comprende por la costa desde Alicante hasta el Rosellón y toda la cuenca del Ebro. De todas las áreas de escritura indígena ésta es la más extensa y la que tiene una mayor riqueza de inscripciones de todas clases, abarcando aproximadamente cuatro siglos. Utiliza 28 signos, y sólo son silábicos tres grupos, de consonantes *b-p* con las vocales, de consonantes *k-e* con vocales y de consonante *t* con las mismas vocales. La forma de los signos ha sido tomada de los alfabetos griegos y púnicos, pero su valor fonético es a veces muy distinto.

b) Alfabeto meridional que comprende Andalucía superior, Murcia y Albacete. Este tipo de alfabeto se utilizó por las tribus de los *turdetanos, oretanos* y *bastetanos* especialmente. La epigrafía de este área meridional es muy poco uniforme y mucho más desconocida que la anterior. La valoración fonética de alguno de sus signos aún no está comprobada. Las inscripciones de este tipo,

poco numerosas, están hechas algunas sobre plomo y otras sobre piedra o sobre vasijas de plata. Desde un punto de vista monetal, destacan los *talleres de Obulco*, (Porcuna, Jaén), con nueve grupos de *magistrados monetarios, Cástulo* (Cazlona, Jaén), *Iliberis* (Elvira, Granada), y sobre todo el gran grupo de *denarios* con *leyenda Ikalgusken* de atribución aún no determinada.

c) Alfabeto del Sudoeste, con la provincia de Huelva y el Algarve portugués, esta región, por su gran riqueza minera fue uno de los principales focos de atracción para todas las poblaciones mediterráneas. Por lo tanto es lógico que desde muy antiguo existieran intercambios culturales. Sin embargo no tenemos ningún rastro de ello y el alfabeto conocido de esta zona es de fecha mucho más moderna, posiblemente del siglo III. La escritura es de tipo retrógrado, o sea de derecha a izquierda, y no se utiliza ningún signo ni de puntuación ni de separación de palabras, lo que hace aún más difícil la transcripción.

d) Alfabeto fenicio, en la costa andaluza, desde Almería a la desembocadura del Guadalquivir. En este caso, como en el de los alfabetos griegos de Emporion (Ampurias) y Rhodes (Rosas), no hay ninguna dificultad de transcripción.

Las principales ciudades que lo utilizan son: Malaca (Málaga), Gades (Cádiz), Sexi (Almuñecar), Ituci (Baena), Olontogi (en algún lugar de la Bética), Abdera (Adra) y Ebusus (Ibiza).

e) Alfabeto greco-latino, sólo conocido por escasos restos de plomos inscritos en la provincia de Alicante (el primer hallazgo se produjo en Alcoy) precisamente en la zona de contacto con la influencia tartesia del Sur. Su cronología es del siglo IV a. C. Se trata de un alfabeto creado artificialmente para escribir textos ibéricos, partiendo de un alfabeto greco-jónico, el cual perdurará en esta zona algo más de un siglo.

f) Alfabeto libio-fenicio, en una zona del interior de la provincia de Cádiz, de escasa importancia. El nombre quizá no sea muy apropiado, pero es utilizado por los especialistas. Aparece a partir del siglo II a. C. En realidad no es más que un intento de escritura

alfabética, realizada a partir de una escritura consonántica habitual en esta zona.

El profesor Presedo, director de la investigación que halló la Dama de Baza, posa junto a la figura.

Manuel Rabanal, María Eugenia Gálvez y José María Santero, miembros del equipo de investigación, junto a la Dama al día siguiente de su descubrimiento.

Numismática

Para el estudio de las emisiones monetarias de la Península Ibérica en la época prerromana y en los primeros tiempos de la romanización, hasta la utilización del alfabeto latino en las emisiones, pueden distinguirse las siguientes clases:

a) Monedas de las colonias griegas

Los únicos talleres monetarios conocidos que utilizan la leyenda griega son los talleres de Emporion y Rhodes. La amonedación emporitana tiene sus inicios hacia el año 400 a. C. con numerario de tipo de la *hansa focense* y patrones de peso muy variables, siempre

en plata. La *dracma*, necesaria para el auge comercial —con un patrón especial de pesos que hemos denominado Ibérico— tiene su inicio alrededor de los años 300-290 a. C. con el tipo llamado del *caballo parado* en el reverso.

El cambio fundamental de tipos acaece hacia el 264 a. C., cuando la influencia griega se afianza y aparecen los tipos de cabeza de *Arethusa* en anverso y del *Pegaso* en el reverso. Con el desembarco romano en Ampurias, en el año 218 a. C., cambian de nuevo las influencias comerciales, y el patrón de pesos se va adoptando al *denario* romano. En este mismo período se inicia una fuerte evolución desde los caracteres propiamente griegos, a los pseudoibéricos y luego a los ibéricos, con leyendas monetales de talleres como los de Iltirda (Lérida) y otros aún no identificados en su mayor parte. La moneda de bronce con caracteres ibéricos se inicia hacia el 200 a. C. o poco después, con *leyendas Undicescen*. y tipos de cabeza de *Pallas* y *Pegaso*.

b) Amonedación de tipo ibero-púnico

Este segundo grupo de monedas está representado por los talleres de Gades (Cádiz), Ebusus (Ibiza), Malaca (Málaga), Sexi (Almuñecar), Abdera (Adra), y otros menores. Las monedas de Gades se inician con raros ejemplares de bronce sin inscripciones. La acuñación en plata es algo más tardía, consecuencia de la dominación cartaginesa en el sur de la Península. Estas monedas también del mismo patrón monetario en plata que Emporion y Rhodes, llevan en el anverso la imagen de *Hércules* con clava al hombro y en el reverso el atún, con la leyenda púnica que simboliza la enorme riqueza pesquera de la zona. La moneda de cobre es muy abundante y la amonedación oficial perdura hasta la época del emperador romano Claudio, con leyenda fenicia y nunca latina. Los medallones con leyenda latina, que se han denominado conmemorativos, son de la época de la sucesión de Augusto.

c) Amonedación ibero-cartaginesa

Este grupo de monedas, que se distingue perfectamente del resto de las acuñaciones de la Iberia prerromana, es también el de duración más corta y el que presenta ejemplares en plata más espectaculares. Su pervivencia es consecuencia directa de la dominación comercial y política de los cartagineses en todo el sur y el SE de la península. El arte de estas piezas se deriva de prototipos originarios de Sicilia, bajo dominación cartaginesa y griega clásica.

Los talleres de emisión, aparte del de Cartago-Nova, son indeterminados y creemos que en muchas ocasiones son de tipo militar e itinerante. El patrón en plata es el fenicio, con un *shekel* como unidad, sus múltiplos y divisores. Los múltiplos son verdaderas obras de arte, presentando cabezas de *Melkart* o masculina y en los reversos caballos o elefantes. Otra serie tiene cabeza de *Tanit* en anverso y *caballo parado* en reverso, con factura más particularmente ibérica.

d) Amonedación de tipo edetano

Hemos considerado este grupo como formado por un taller matriz, el de Arse (después Sagunto) y un grupo de talleres monetarios de muy poca importancia, dentro de una localización geográfica cercana. Las primeras acuñaciones de Arse son también de plata, con un peso medio que podría compararse al del *Victoriato romano*. Sus tipos son de cabeza de Hércules con clava en el anverso y diversos tipos de reverso: *toro con cabeza humana, parado, embistiendo*, etc.

Con la evolución cronológica aparecen anversos más típicamente ibéricos y reversos con leyenda ibérica de grafía muy romanizada, en piezas de excelente factura.

e) Monedas de la Ulterior con leyendas en alfabetos indígenas

Dos grupos de monedas comprendemos en este apartado, según que las leyendas estén escritas en alfabeto meridional o en libiofenicio. Los talleres con alfabeto meridionales son de cuatro diferentes zonas de Influencia: *Obulco* (Porcuna), *Cástul* (Carlona), *Iliberis* (Elvira), e *Ikalgusken* (ciudad no determinada de la Bastetania).

El grupo de Cástulo es muy importante y su amonedación alcanza zonas muy alejadas. Sus tipos son de cabeza masculina en el anverso y reverso de esfinge, lo que hace suponer se trata de piezas ya muy modernas, del tiempo de Augusto.

El grupo de Iliberis, con monedas de arte muy basto, tiene poca importancia. En cambio tienen mayor importancia los denarios de Ikalgusken, piezas de plata muy extendidas por Levante en época romana.

f) Monedas con leyendas en el alfabeto ibérico de Levante

Constituye con mucho la mayor parte del numerario ibérico pre-romano y su número de talleres es muy grande. En realidad, hay sólo tres focos de acuñación de los que se derivan los restantes talleres, y un cuarto grupo, el celtibérico, que es el más moderno de todos. Las emisiones parece se iniciaron después del 200 a. C. y antes de 133 a. C. y las leyendas son siempre con caracteres ibéricos de Levante, en su último estadio de evolución, que es monetal. Por lo tanto, para su estudio completo, tendríamos que considerar la existencia de los grupos de *Iltirda* (Lérida), *Cese* (Valle del Ebro), *Ausescen, Centro Aragonés, Pirenaico* y *Celtibérico*. Los tres primeros de estos grupos se desarrollan ya en el período entre el 200 y el 133 a. C. y con posterioridad aparecen los restantes, comenzando el celtibérico a emitir moneda hacia el 105 a. C.

El *grupo de Iltirda* se inicia con grandes ases de bronce y denarios de plata, que más tarde son copiados, en cuanto a los anversos, en los talleres de Ausescen y Cese. Las Monedas de Iltirda mantienen una zona geográfica cerca de la actual Lérida, y

presentan varias emisiones en bronce con pesos decrecientes. Otros talleres del mismo grupo son los de Salduie y Turiaso (Tarragona) que comienzan dentro de la órbita económica ilerdiense, aunque luego se separen.

El *grupo de Cese*, presenta denarios con reverso de dos caballos, uno de ellos con jinete y cabezas de anverso de excelente arte ibérico-heleno.

El tercer de los grupos originales, el *grupo de Ausescen*, tiene también excelentes denarios de plata de muy buen arte, y piezas de bronce de gran módulo.

El *Grupo Centro Aragonés*, es al principio una derivación del Ilerdense, pero con características propias. Lo forman los talleres de *Bilbilis* (Calatayud), *Damaniu, Ercavica* (Sacedón), *Bornescon, Danusia, Samala*, etc.

El *Grupo Pirenaico* es mucho más importante, ya que es la zona de emisión del *argentum oscense*, y se inicia en época muy tardía hacia 130-125 a. C. Su principal taller es el de *Bolscan*, que emite denarios de plata muy bellos, con una larga evolución en los peinados de sus anversos. Hacia el año 105 a. C. su influencia económica llega a muchas ciudades del curso alto del Ebro, y entonces aparecen los talleres de Segia, Beligio, Turiasco, Bascunes, Bentian, Arsaos, etc., copiando sus tipos. Las vicisitudes de la guerra de Sertorio, fueron sin duda el motivo de estas grandes acuñaciones de denarios.

El *grupo Celtibérico*, constituye el más moderno conjunto de talleres monetarios ibéricos, con leyenda indígena, pero su extensión y la imprecisión de sus localizaciones, hace su estudio más aventurado. Creemos que se trata de cuatro grandes talleres matriz, situados en regiones muy distantes unas de otras. En estos talleres la romanización es muy fuerte, y su influencia se deja sentir sobre otros grupos anteriores, que adoptan el que denominamos *peinado celtibérico* en sus últimas emisiones.

Diccionario de términos

Arethusa: *Ninfa que bañándose en el Alfo fue perseguida por el dios del río hasta la isla de Ortigia, en Sicilia y allí Artemisa la transformó en fuente. (Mitología griega)*.

As: *Moneda de cobre de origen romano*.

Astarté: *Divinidad fenicia, personificación del planeta Venus, soberana del mundo*.

Artemisa efesia: *Esta diosa, hija de Zeus y Leto, protegía a las mujeres que iban a dar a luz y también a los animales salvajes y los rebaños. En Éfeso, donde su templo estaba considerado como la sexta maravilla del mundo, era la patrona de las amazonas y la diosa de la fecundidad. (Mitología griega)*.

Démeter: *Diosa de la agricultura, divinidad maternal de la tierra, dispensadora de los frutos del suelo. Hija de Kronos y Rea, se unió a su hermano Zeus y tuvo a Perséfone, a la que las leyendas presentan siempre unida, llamándolas «las diosas»*.

Denario: *Moneda de plata, de origen romano, equivalente a 10 ases*.

Dracma: *Moneda de plata, de origen griego, que entre los iberos pesaba unos 4, 5 gr*.

Escritura alfabética: *Sistema de escritura en el que corresponde un signo a cada vocal y a cada consonante*.

Escritura silábica: *Sistema de escritura en el que a cada sílaba le corresponde un signo*.

Escritura semisilábica: *Sistema de escritura en el que coexisten signos representativos de sílabas con otros de letras*.

Escritura jeroglífica: *Sistema de escritura en el que se representan las palabras mediante figuras o símbolos que corresponden al significado de las voces*.

Escritura pictográfica: *Sistema de escritura en el que se dibujan más o menos toscamente los objetos o conceptos que se desea expresar*.

Gerión: *Gigante de tres cabezas, rey de la Bética, que custodia sus rebaños con la ayuda de un perro de siete cabezas. Hércules, en uno de sus «trabajos» luchó con él, le arrebató sus rebaños y lo condujo a Grecia. (Mitología griega)*.

Gilgamesh: *Héroe asirio-babilónico. Su figura y hazañas han sido inmortalizadas por la obra de la literatura babilónica «El que ha descubierto el manantial o el que lo ha visto todo». Se supone que tiene su base histórica en un rey del Sumer*.

Hansa focense: *Liga de ciudades ligadas comercialmente con las de Focea (Grecia)*.

Istar: *Personificación divina del planeta Venus, una de las diosas más importantes del panteón asirio-babilónico, procedente de la Astarté fenicia*.

Juno: *Nombre romano de Hera, hermana y esposa de Zeus. Reina de los dioses, señora del cielo y de la tierra y protectora de los reinos e imperios*.

Melkart: *Divinidad fenicia, dios solar y luego dios marino, «señor de la ciudad» de Tiro*.

Pallas: *Vástago de la última generación de los Gigantes. Fue muerto por Atenea en la lucha de los dioses contra los Gigantes*.

Pegaso: *Caballo alado, nacido de la sangre de Medusa, muerta por Perseo*.

Shekel: *Moneda de origen fenicio, de plata. En la península pesaba unos 7, 3 gr*.

Tanit: *Diosa equivalente a Astarté entre los cartagineses*.

Victoriato: *Moneda romana, en plata, que lleva la figura de la victoria*.

Bibliografía

Almagro, M., *Prehistoria*, en vol. I de *Historia de España*, Madrid, Espasa Calpe, 1954. Arribas, A., *Los Iberos*, Barcelona, Aymá, 1976. Ballester, R., *Historia de España*, vol. I, Barcelona, Aymá, 1956. Blázquez, J. M., *Religiones primitivas de España*, vol. I, Madrid, 1962. Blázquez, J. M., y Montenegro, A., *La Prehistoria*, en vol. I de *Historia de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980. Bozal, V., *Historia del Arte en España*, vol. I, Madrid, Istmo, 1978. Cabo, A., y Vigil, M., *Condicionamientos geográficos. Edad Antigua*, Madrid, Alianza, 1975. Caro Baroja, J., *Los pueblos de España* (3 vols.), Madrid, Istmo, 1976. Cuadrado, E., *Un pueblo prehistórico hispano: los Iberos*, Madrid, 1967. Fletcher, D. , *Problemas de la cultura ibérica* Valencia, S.I.P., 1960. García Bellido, A., *Arte ibérico*, Cap. I de *Ars Hispaniae*, Madrid, 1962. Gaya Nuño, J. A., *La escultura ibérica*, Madrid, Aguilar, 1974. Guadán, A. M., *Numismática ibérica e ibero-romana*, Madrid, C.S.I.C., 1969. Lozoya, M. de, *Primeras nociones históricas de España*, Barcelona, Salvat, 1974. Maluquer de Motes, J., *Los pueblos ibéricos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1954. Mangas, j., y otros, *Historia de España Antigua*, Madrid, Cátedra, 1980. Mansuelli, G. A., *Las civilizaciones de la Europa Antigua*, Barcelona, Juventud, 1972. Tarradell, M., *Arte ibérico*, Barcelona, Polígrafa, 1968. Id., *La España Antigua*, en vol. I de *Historia de España y América social y económica*, Barcelona, Vicens Vives, 1974. Ramos, R., *Arqueología prehistórica de la Península Ibérica*, Elche, Picher, 1982. Roldán, J. M., *Introducción a la Historiá Antigua*, Madrid, Istmo, 1975. Varios autores, *Historia de España*, Madrid, Historia 16, 1986.